

Discurso pronunciado por el Dr. Isaac Costero el día
7 de febrero de 1968, al tomar posesión de la Presidencia
de la Academia Nacional de Medicina .

Sr. Dr. Rafael Moreno Valle, Secretario de Salubridad y Asistencia,
Sr. Dr. Ignacio Morones Prieto, Director General del I.M.S.S.,
Sr. Lic. Rómulo Sánchez Mireles, Director General del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado,
Sr. Ing. Javier Barros Sierra, Rector de la U.N.A.M.
Sr. Dr. Guillermo Massieu, Director del I.P.N.,
Sr. Dr. Pedro Daniel Martínez, Subsecretario de Salubridad,
Sr. Dr. Salvador Aceves, Subsecretario de Asistencia,
Sr. Dr. Luis Méndez, Subdirector Médico del I.M.S.S.,
Sr. Dr. Francisco Fonseca, Subdirector Médico del I.S.S.S.T.E.,
Sr. Dr. Carlos Campillo, Director de la Facultad de Medicina de la U. N. A. M.
Sr. Dr. Clemente Robles, Presidente de la Academia Mexicana de Cirugía, Señores académicos,
Señoras y señores:

CUANDO, hace poco más de 30 años, renací, en este México pródigo, a una nueva vida de propósitos y de afectos, la virtud natural que conquistó mi ánimo y lo llevó al amor hacia la nueva tierra fue la generosidad sin límites de quienes me recibieron. Generosidad en

todas sus acepciones: noble herencia de los ancestros en forma de largueza y liberalidad. Una de las muchas muestras con las que tal temperamento generoso se manifestó fue nombrándome de inmediato miembro correspondiente de esta Academia, para pasar a miembro numerario tan pronto como adquirí la condición reglamentaria de ciudadanía oficial. Hoy culmina esta particular muestra de fraternal acogida con mi elevación al puesto de la presidencia. Me han precedido en él, desde Carlos A. Ehrmann y Miguel F. Jiménez, personalidades tan destacadas como Rafael Lucio, Francisco Ortega, Eduardo Liceaga, Rafael Lavista, Manuel Carmona y Valle, Manuel Toussaint, José Terrés, Fernando Ocaranza y Abraham Ayala González, por no citar sino a unos pocos de los ya desaparecidos. Por ello recibo el máximo honor de mi vida, al mismo tiempo que pesa sobre mí desde este momento una gran responsabilidad; si me he decidido a afrontarla es en la seguridad de que cuento con la colaboración entusiasta de todos ustedes.

La Academia Nacional de Medicina de México se ha mantenido siempre, desde hace más de un siglo, en un destacado nivel científico y sociológico; por supuesto, ha experimentado cambios, de acuerdo con los presentes en el medio mexicano y en el ambiente mun-

dial, y en la actualidad se encuentra en un punto culminante después de largos años de progreso.

Tal culminación se ha producido sobre todo porque ha abierto sus puertas y ha dilatado sus horizontes, en respuesta a las ideas políticas de nuestro tiempo, al rápido crecimiento de los conocimientos médicos y a la considerable elevación cultural del mexicano medio. Precisamente estas mismas circunstancias proporcionan a la Academia una singular oportunidad para que desarrolle, ahora mejor que nunca y con el decidido esfuerzo de sus miembros, las tareas que le son consustanciales.

Cuando apareció la primera reunión de doctos en la casa y el jardín de junto al gimnasio del héroe Academo, reunión de la que luego hemos tomado nombre y ejemplo, una gran parte del conocimiento científico de la época podía ser abarcada por un solo hombre dedicado íntegramente al estudio. Desde entonces viene también el nombre de sabio, hoy otorgado por unos a quienes, como los de entonces, todo lo sabían, con más certeza por otros para aquellos, como ahora sucede, que se dedican al cultivo de la ciencia. El problema genérico de los primeros tiempos era la dificultad notoria de información; en cuanto podemos deducir de los datos a nuestra mano, fueron precisamente las necesidades de obtener noticias ocultas y liberarlas del olvido lo que juntó en torno a Platón y otros filósofos a los sabios en las primeras reuniones académicas. Desde entonces estamos conscientes de que la tarea específica de los académicos es proporcionar información sobre los temas menos asequibles

de cada especialidad, y por ello las academias nacionales se constituyen en cuerpos consultivos de los gobiernos.

Es evidente que hoy no podemos dominar, como individuos, sino un pequeño rincón de la ciencia médica; en cambio, disponemos de libros y revistas en profusión; de tal manera son así las cosas, que nuestro problema actual se halla invertido en relación con el de los primeros académicos, y lo que nos agobia es tanto el exceso de conocimientos como el de información. Y no sólo porque la ciencia y su literatura sean más abundantes de lo que podemos analizar, sino porque los conocimientos especializados provienen de expertos que usan para comunicarse términos específicos, de significado con frecuencia enigmático para los no iniciados. Dicho en otras palabras, no disponemos del tiempo necesario para adquirir toda la producción científica que pudiera interesarnos, ni en muchos casos estamos suficientemente preparados para comprenderla en sus fuentes originales.

Pero tales cambios, con ser completos, no han alterado el objeto para el cual la primera academia fue formándose; antes bien, los propósitos iniciales se han hecho aún más exigentes. También hoy, nuestra Academia tiene conocimientos científicos que conservar y que transmitir, para que el encadenamiento ininterrumpido del saber no sufra menoscabo, y el médico práctico espera recibir de los académicos información certera sobre dichos conocimientos, especialmente sobre aquellos que, correspondiendo a una especialidad distinta a la suya, le son convenientes para completar su educación profesional.

Debemos recordar que, en el consenso mundial, la Medicina puede comprenderse a tres niveles de desarrollo; el más sencillo consiste en adquirir y aplicar la instrucción que resulta indispensable para el diagnóstico y el tratamiento adecuado de las enfermedades, nivel profesional práctico que se adquiere en la Escuela Superior; si los conocimientos médicos se fundan sólidamente en amplias bases científicas, nos elevamos al escalón doctrinal universitario y los imparte la Facultad; y cuando consideramos en primer lugar el sistema que liga entre sí cada grupo de hechos deductivos y vemos la Medicina como un todo en sus relaciones con las demás ramas de la ciencia, pasamos al nivel académico universal.

Permítaseme insistir sobre la naturaleza de los conocimientos que llamamos académicos. Es bien sabido que nuestra mente se adapta a sus naturales limitaciones seleccionando como permanente sólo una mínima parte de la información que recibe y, por ello, recordamos únicamente un bajo porcentaje de las enseñanzas que intentaron transmitirnos nuestros maestros. De la misma manera, es seguro que los discípulos que nos siguen aprovecharán en proporción mínima las ideas que procuramos infundirles, y no debemos lamentarnos por ello. Lo que, en conjunto, guardamos como duradero, es aquello que necesitamos a diario para el cumplimiento de nuestras tareas cotidianas, completado y transformado en un archivo muy personal con el ingrediente fijador insustituible de la propia experiencia. De tal origen mixto —información selecta más experiencia acumulada— na-

cen premisas que hoy aceptamos de manera general cuando decidimos sobre los problemas apremiantes de la enseñanza médica. Por ejemplo, elegimos como mejores maestros a los especialistas más destacados, porque nos parece que, sembrando semilla valiosa y abundante, tendremos una cosecha de superior calidad. A veces caemos en la exageración de recargar los planes de estudio, componiéndolos de muchas materias, con la esperanza de que los alumnos resulten mejor informados. Al contrario, abrumados por la multiplicidad de los conocimientos actuales, tendemos a preparar muchos peritos en campos prácticos muy restringidos y pocos científicos de amplia base, buscando economía en la de otra manera costosísima educación integral. Además, entendido el valor máximo de la experiencia individual, buscamos un adiestramiento práctico en lugar de una enseñanza teórica.

Todas esas reacciones son justas y, aplicadas en proporción adecuada y en el momento y lugar oportunos, resultarán seguramente útiles. Pero la Ciencia, como un todo indivisible que es, tiene con ello a la desintegración paulatina. Resulta penoso escuchar, lo que hoy sucede con frecuencia, cómo un destacado perito en compleja, difícil y oscura materia, ignora los hechos fundamentales de otros conocimientos, siempre considerados básicos en la cultura del hombre. Cuando nos enfrentamos a tales muestras de excesiva especialización, tememos que el empleo de los conocimientos específicos no sea el adecuado, y nos parece seguro que, si siguiéramos indefinidamente por ese camino, la doc-

trina científica se desmoronaría en un futuro no muy lejano. La educación general debe tener tal consistencia que, al menos, forme un eje continuo, no necesariamente rígido sino, al contrario, elástico y adaptable, eje que conecte la especialización a la ciencia básica sin permitir que se separen. El mantenimiento y refuerzo de tales conocimientos axiles constituye precisamente la incumbencia específica de las academias.

Claro está que nuestra Academia es, además, una institución médica y, como tal, debe preocuparse, como lo viene haciendo a lo largo de su historia, por todos los problemas inherentes a la Medicina. Así, mal podríamos mantener los conocimientos axiles de nuestra doctrina si los médicos no estuviésemos adecuadamente preparados para el ejercicio de la profesión. De aquí que la Academia manifieste interés primordial en los problemas de enseñanza y educación, y que desarrolle, por ejemplo, las brillantes Jornadas Médicas Nacionales, con las cuales contribuye en amplio grado a mantener al día a los médicos prácticos del país. Por motivo semejante resulta aleccionador que, en las sesiones ordinarias de la Academia, se escuchen trabajos de alta especialización, realizados por sus miembros; y no sólo porque cada académico está naturalmente interesado por conocer los progresos conseguidos por sus compañeros en el campo de la investigación científica, sino porque la presentación de tales trabajos en institución tan prestigiada confiere prioridad oficial. Sin embargo, el trabajo científico de alta especialización adquiere un matiz genuinamente académico sólo cuando

transmite, clara y amenablemente, sin ello perder su total rigurosidad dialéctica, aquella parte de la especialidad del autor que se relaciona con las restantes actividades de sus colegas. Por otro lado, parece obvio señalar que el interés práctico de cualquier presentación alcanza su máximo si está expresada en forma comprensiva y atrayente para el público al que está destinada, y que las redacciones con términos, conceptos y conclusiones altamente específicos caben mejor en el seno de las sociedades de los respectivos especialistas, único lugar donde pueden ser discutidas con fruto.

Se nos presenta ahora una extraordinaria oportunidad para destacar las actividades consubstanciales de la Academia: la organización de nuestro segundo Congreso. Como es sabido, en enero de 1964 celebramos el Centenario con un Congreso Nacional, excelentemente organizado y cuyo buen éxito todos recordamos con entera satisfacción. Entonces, al reformarse el Estatuto General, se incluyó en él, en su artículo 52, que un congreso semejante debería organizarse cada cinco años. "Este evento —dice el Estatuto— tendrá carácter nacional, abarcará todas las ramas de la Medicina y ciencias afines, y buscará como objetivo principal el *hacer una revisión profunda de los conocimientos recientes y, como consecuencia, precisar los avances reales de la ciencia médica, así como analizar necesidades y plantear soluciones futuras*. Se procurará —termina diciendo el artículo 52— darle la mayor resonancia en el concierto de la medicina mundial".

Como el desarrollo de nuestro segundo congreso puede tener repercusiones en los planes futuros de la Academia, la orientación particular que ahora le imprimamos debe meditarla con cuidado y conviene someterla a los máximos asesoramientos posibles. Con este objeto hemos realizado reuniones y hemos celebrado consultas personales, no sólo con muchos de los miembros más destacados de nuestra corporación, sino también con científicos de otras ramas y con socios de distintas academias, nacionales y extranjeras. De tales cambios de ideas han surgido las pautas generales siguientes:

Parece obvio señalar que la idea es añadir el Congreso como una actividad suplementaria a las programadas anualmente por la Academia. Es decir; el Congreso deberá ser distinto de las Sesiones, sean éstas ordinarias, extraordinarias, solemnes o secretas; también diferente de las Sesiones conjuntas, de los Seminarios Foráneos y de las Jornadas Médicas Nacionales, aun cuando, en el año respectivo, substituya a estas últimas. Asimismo parece evidente que, habida cuenta el éxito obtenido en el Congreso del Centenario, de buen juicio sería copiar en todo lo posible la perfecta organización de éste. Pero, por otra parte, el Estatuto establece que los congresos subsiguientes habrán de celebrarse en el mes de enero del año respectivo. Entonces, nuestro congreso de 1969 queda situado en vecindad muy próxima con la Asamblea Nacional de Cirujanos, con el Congreso Mundial de Pediatría y con el anunciado por el Instituto Mexicano del Seguro Social para celebrar sus 25 años de trabajos

oficiales. No parece, por lo tanto, pertinente, organizar por nuestra parte una reunión similar. Por supuesto, tampoco resulta necesario hacerlo así porque, si como vemos, nuestra Academia no es la única organización médica del país capacitada para convocar congresos nacionales, parece evidente que es la indicada para conservar y difundir los conocimientos médicos axiles; es decir, que puede y debe planear sin interferencias sus propios congresos, sobre la base de las tareas que le son específicas. Expresado aun de otra manera: los congresos de la Academia deberán ser precisamente éso, reuniones hechas por los académicos, con actividades de interés primordial para los mismos académicos, y desarrolladas a nivel académico. Las actividades de nuestra corporación quedarían entonces planeadas así: en las Sesiones semanales se presentan nuestras actividades individuales e institucionales ante la propia Academia, a fin de que sus miembros se brinden información recíproca; en los Seminarios y en las Jornadas reunimos los conocimientos recientemente aplicados al ejercicio profesional y los llevamos a los médicos prácticos del país; estas dos cosas las venimos haciendo así hasta ahora; pero, además, de aquí en adelante, en el congreso quinquenal, recabaremos la información, procedente de sus fuentes originales, sobre los conocimientos axiles que más puedan interesarnos a nosotros mismos y a todos los científicos de la República.

Se entiende que, en primer lugar, serán los académicos quienes presenten, en forma de trabajos originales, los temas que ellos mismos elijan, pues en

los congresos de la Academia no puede faltar un fiel reflejo de las actividades nacidas en la propia institución. Sobre ésto, seleccionaremos algunos de los temas que están actualmente cambiando la Medicina, y no sólo como tal rama de la ciencia, sino en tantos otros conceptos que le son satélites, distintos al ejercicio profesional mismo, aunque inseparables de él. Tales temas deberán tratarse, en la medida en que su propia naturaleza lo haga recomendable, desde cinco puntos de vista principales: 1) organizando mesas mixtas de discusión coordinada, en las que se enfrenten académicos a expertos de variadas especialidades, de modo que éstos proporcionen a aquéllos y al público información de primera mano de interés general; 2) exponiendo primero los progresos más recientemente aplicados, tales como ya se han introducido en la práctica profesional más avanzada; 3) siguiendo después con lo que debemos esperar en un futuro inmediato, de acuerdo con el estado en el que se encuentra la investigación respectiva; 4) considerando luego las implicaciones económicas, de organización hospitalaria, sociales y éticas, en cuanto se supongan diferentes de las hasta ahora aceptadas para situaciones análogas; y 5) todos los puntos anteriores se tratarán en forma integral, científicamente pura, y no necesariamente considerados en las subdivisiones artificiales que exigen instituciones y especialidades, cuyas subdivisiones pueden dislocar la información exacta.

Hecha la selección de temas, buscaremos a cada uno un coordinador; a fin de asegurarnos que el desarrollo de las ideas se haga a nivel conveniente,

preferiremos que dicho coordinador sea precisamente un académico quien, a su vez, propondrá a sus colaboradores, académicos o no, y a los ponentes de la mesa. Es cierto que la ciencia es mundial y por ello algunos colaboradores y muchos ponentes procederán de países con idiomas diferentes del nuestro; serán bienvenidos una vez más entre nosotros. Pero creo que estamos en un momento en el cual México, y otras naciones de su misma lengua y cultura, colaboran en el concierto que impulsa la Medicina de nuestro tiempo lo suficiente, aunque sea en proporciones modestas, para que encontremos entre nosotros a la mayoría de los colaboradores y a un número apreciable de ponentes. Tendrán, entre otras, las ventajas, de presentar las ideas justamente a la altura que deseamos y de estimularnos en grado máximo, con su presencia, a progresar en nuestro esfuerzo por crear una investigación científica nacional, fuerte y trascendente. Quizá sea el Congreso, además, una ocasión propicia para invitar en fraternal colaboración a los académicos de Medicina de habla castellana y a las más antiguas de otras lenguas hoy persistentes.

Por otra parte, el deseo de la Academia Nacional de Medicina es que sus actividades no queden restringidas a un grupo, por selecto que sea, de médicos y de otros científicos locales; durante los últimos años de actividad, los académicos han hecho reiterados esfuerzos por proyectar su labor fuera de nuestro recinto, llegando activamente a todos los sectores del cuerpo médico; así deberá hacerse también con los congresos quinquenales. Para ello planea-

mos grabar, a modo de prueba, ya sea en cinta magnética de televisión en circuito cerrado, ya sea en película cinematográfica sonora de 16 mm., resúmenes de los actos principales del próximo congreso. Dichos resúmenes, desarrollados quizá a nivel de médico residente, si es posible ilustrados con notas clínicas o de laboratorio, serán presentados después en todos los Hospitales, Clínicas y Escuelas de Medicina del país y, quizá, de otros países, al mismo tiempo que se distribuye el libro en el que, siguiendo la costumbre sólidamente establecida ya por la Academia, se publiquen las contribuciones escritas.

No quisiera terminar este ya largo discurso sin advertirles que, antes de llevar a buen fin los planes que les acabo de relatar, falta establecer otras muchas consultas que asienten las mejores posibilidades y que decidan defi-

nitivamente la orientación detallada del Congreso de enero de 1969. Para ello, y para que tantas actividades extraordinarias tengan el éxito apetecido, se requiere un esfuerzo adicional importante por parte de cada uno de los académicos. Como ha sucedido en otras situaciones análogas, me parece cierto que tal esfuerzo será prestado con el entusiasmo y la eficacia ya tradicionales. Con esta seguridad me siento personalmente optimista y por ello he aceptado muy gustoso el elevado honor que ustedes me han hecho, al confiarme las responsabilidades de presidir nuestra Academia durante el año y de organizar debidamente nuestro segundo congreso. Por mi parte no regatearé esfuerzo ni sacrificio para dejar realizadas las delicadas tareas que me han encomendado.
